

ENTREVISTA A QUEVEDO

P. Usted es un autor mucho menos conocido que Cervantes. ¿No siente envidia por ello?

Q. En mis tiempos no fue así. Éramos varios gallos en el corral literario de la Corte. A veces nos elogiábamos rascando nuestras espaldas, otras sacábamos los espolones con pullas hirientes. Ustedes nos llamaron el “Siglo de Oro”, ese metal al que nombré “don Dinero”. Ese “poderoso caballero” es el que envidiaba el mundo. Nacía en las Indias, pero moría en manos de los banqueros genoveses.

P. Usted presencié la decadencia de la monarquía. ¿Cómo la vivió?

Q. Sí, y esta declinación coincide con las ruinas de mi vejez: “Miré los muros de la patria mía”. Yo me sentía abatido, derrotado, herido por ese tiempo que huye y no tropieza. La idea de la muerte, como a aquel vasco de vuestros días, me asediaba. Sin embargo, no era yo el único que ponía la vela donde soplabla el viento del pesimismo. Ya estaban lejos aquellos tiempos heroicos en los que había un mundo nuevo para conquistar con las armas.

P. Siento decirlo, pero usted hoy habría sido rechazado para la milicia. Lo suyo era más bien la diplomacia y el espionaje.

Q. No me ofende en absoluto. Yo fui cojo y miope desde mi nacimiento. Estos defectos corporales, como la fealdad de Papini y la joroba de Leopardi, me convirtieron en un niño solitario. Solamente la lectura, ese “ver con los ojos a los difuntos”, hacía llevadera mi infancia. Mis compañeros se burlaban de mí por mi cojera. Hoy día se diría que sufrí “bulling”, esa necia

palabra extranjera para decir “acoso escolar”. Las niñas que me gustaban, se disgustaban conmigo y si les pedía algo me despedían con algos.

P. Se puede decir que usted no tuvo mucho éxito con las mujeres. ¿Es esa la causa de su conocida misoginia? Si las feministas pudiesen prohibirían su obra igual que se rehacen libros donde se hace alusiones despectivas a los negros.

Q. Viví una vida de solterón, me casé tarde o, mejor dicho, me casaron. Apenas duró tres meses el matrimonio. A Lope le duraban más tiempo sus amantes. Pero si no hablo bien de las mujeres, también canté al Amor – con mayúsculas – como vencedor de la muerte.

P. Sí, la obra suya es, como la diosa Jano, bifronte. Puede ser seria, moralista, teológica y, al mismo tiempo, jocosa, burlesca, incluso vulgar. Bien sabida es su mordacidad hacia su enemigo Gongorilla? ¿Es una cuestión personal más allá de la diversidad de estilos?

Q. ¿Mi enemistad con Góngora? Más bulla que cabulla.

P. Sin embargo, todos hemos leído aquel verso donde alude al supuesto origen judío del cordobés a causa de su apéndice nasal: “Érase un hombre a una nariz pegado”. Y esto dicho por un hidalgo, “cristiano viejo”, no es nada inocente. Si me permite decirlo, usted tenía bastante mala uva.

Q. Sea cual fuese mi rivalidad con aquel maestro de la jerigonza, ésta ha sido provechosa para nuestras letras. Otras disputas no dejan más que narices rotas. Aquella napia, junto a las dos narices más célebres de la historia, forman la trinidad de las napias de la historia.

P. No olfateo lo que dice.

Q. Pascal, adelantándose al “efecto mariposa”, afirma que la historia habría sido distinta si la nariz de Cleopatra hubiera sido diferente. Y la otra nariz es la del naturalista Darwin. El capitán del Beagle, que se las daba de fisionomista, pensaba que la nariz del científico mostraba a un hombre de escaso carácter incapaz de soportar una larga travesía. “!Error, qué gran error!”, que diría uno de sus historiadores más clarividentes.

P. Bien, son muchas más cosas de las que quisiera hablar con usted, pero veo que anhela estar “retirado en la paz de estos desiertos” y, como dice otro poeta castellano, “lejos del mundanal ruido”.

Pablo Galindo Arlés

11 de agosto de 2024